con ajito, etc.», las lágrimas se secaron, y la sonrisa se asomó á los labios que poco ántes gemian en espantosa congoja. Con la del niño volvieron todas las sonrisas á todos los rostros, y más bellas y alegres que ántes, porque en ellas brillaba la santa satisfaccion que comunica al hombre la buena accion que se ha hecho; porque, digan lo que quieran los pesimistas, pinten como solo fruto del bien en este mundo la ingratitud y la injusticia, la mala interpretacion y á veces hasta el ridículo, no hay tal, no hay tal: el bien que se hace trae, áun en este mundo, su recompensa interna y externa; el que diga lo contrario, es porque ha hecho poco bien en su vida. Uno de los hombres más caritativos que hemos conocido, y que toda su vida esparció alrededor suyo el bien, como el labrador esparce el trigo al sembrarlo, solia decir: «Muchos se quejan de la ingratitud, y yo me quejo de la gratitud que me persigue é importuna». Este hombre era el padre de quien escribe estas líneas. Perdónesele el santo orgullo que le mueve á nombrarlo, al esparcir las ideas y sentimientos que inculcó á sus hijos. ¡Oh, caridad, virtud de las virtudes y placer de los placeres! ¡Tú, que eres tan buena, que en todos los corazones te introduces, áun en aquellos que te despiden de palabra, no nos abandones nunca! Santa caridad, ¿qué sería el mundo sin tí?

—¿Cómo te llamas?—preguntaba Beatriz al niño, que todos seguian rodeando.

—Memé, Memé,—respondió el niño.

—Eso es que se llama Manuel, Manuel,—gritaron las mujeres.

—Comadre, ¿y qué va usted á hacer con ese niño?—preguntó el alcalde.

—¿Y qué he de hacer?—contestó la buena viuda.—Quedarme con él, ampararlo, prohijarlo. ¿No veis, compadre, que ese niño que en esta santa noche aquí á mi puerta lloró de desamparo, de hambre y de frio, me le envia el Niño Dios? ¿Habia de cerrarle mi puerta? ¿Habia de desentenderme del llamamiento? ¡No lo permita el Señor!

Y tomando al niño por la mano, con esa santa exaltacion que inspiran los sentimientos religiosos, se acercó Beatriz al Nacimiento.

—Señor,—dijo,—tú me lo envias; por tí le prohijo, por tí le seré madre, por tí hago esta obra de misericordia, *por tí, por tí.*

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho, Beatriz!—gritaron en coro las mujeres.—Dios te premiará tu buena obra, mujer; que quien bien hace, para sí hace.

Cuando dijimos que todas las caras sonreian, dijimos mal; porque una habia que, léjos de prestarse á hermosearse con esta gala del rostro, se habia encapotado más de lo acostumbrado; era ésta la de la tia Pavona, que decia á su amigo Florin:

—¡Habráse gran picarona la que así haya abandonado á su hijo! Amigo, no tenerlos; pero si se tienen, que cada cual cargue con su cruz. ¡Pues qué!

¿No hay mas que echar hijos á puerta ajena? ¡Tunantona! ¡Rufiana! ¡Hereje! ¿Si se habrá figurado esa judía que esta casa es la Inclusa? No, no; en esta casa no se quieren ruidos. ¡Niños!... ¡De ellos nos libre Dios! ¡Con que los propios son, y no son mas que pesadumbres! Dos tuve, me harté de criarlos, me *destuetanaron*, Florin; y cuando fueron mozos, se los llevó el rey, y los franceses de Napoleon,—¡malditos sean! — me los mataron; de manera que despues que les di todo mi calor, no tengo en mi vejez la calor de nadie, y tengo que servir, en lugar de tener quien me mantenga en mi casa.

Pero al oir la perentoria declaracion de Beatriz, de prohijar al pobre expósito, la tia Pavona se levantó erguida como Juno, fruncido el entrecejo como Júpiter, y, como Aquiles á su tienda, se retiró á su cuartucho, muy resuelta á quedar completamente extraña á la crianza del niño.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

EL

DIA DE REYES.